

insultaba cada día á él mismo y á Metela desde las murallas el tirano Aristion, cuya alma era un compuesto de lascivia y crueldad, á las que habia reunido todos los vicios y pasiones de Mitridates; y este era el que estaba reduciendo á los mayores extremos, como á una enfermedad mortal, á una ciudad que habia podido salvarse hasta entonces de mil guerras y de muchas tiranías y sediciones. Porque el poco grano que habia en la ciudad se vendia á mil dracmas la fanega, manteniéndose los hombres con la parietaria que se criaba en la ciudadela, y comiéndose los despojos de los zapatos y vasijas; y mientras él pasaba el tiempo en banquetes y comilonas, danzando y haciendo escarnio de los enemigos, ni siquiera cuidó de la lámpara sagrada de la Diosa que se habia apagado por falta de aceite. A la hierofanta que le habia pedido una hemina¹ de trigo, le envió pimienta; y á los Senadores y Sacerdotes que le rogaban se compadeciese de la ciudad, y pidiera la paz á Sila, los dispersó á flechazos. Al fin ya en el último apuro envió á tratar de paz á dos ó tres de sus camaradas; á los cuales, como nada digesen en orden á salvar la ciudad, sino que se vanagloriasen de Teseo, de Eumolpo y de sus hazañas contra los Medos, los despidió Sila diciéndoles, retiraos de aqui, hombres dichosos, conservando esas grandes palabras: pues yo no he sido enviado á Atenas á aprender, sino á sujetar á unos rebeldes.

Refiérese que en este estado de cosas hubo quien oyó en el Cerámico la conversacion que entre sí tenían unos ancianos, en la que censuraban al tirano de haber descuidado la guarda de la muralla por la parte del Heptacalco, que era únicamente por donde los enemigos tenían un paso y entrada sumamente

¹ La hemina era la mitad de la mina ó libra griega, y equivalia á seis onzas y un cuarto de nuestro peso.

facil; y que de esta conversacion se dió conocimiento á Sila; el cual no la desprecio, sino que pasando á la noche al sitio, y hallando que era accesible y facil de ocupar, lo puso al punto por obra. Dice el mismo Sila en sus comentarios, que el primero que subió á la muralla, llamado Marco Ateyo, como se le opusiese un enemigo, le dió un golpe en el casco, y con la gran fuerza que para él hizo se le rompió la espada, la que no salió del lugar de la herida sino que se quedó fija en él. Tomóse pues la ciudad por aquel punto que los ancianos Atenienses habian designado; y el mismo Sila, derribando hasta el suelo el lienzo de muralla entre las puertas Piraica y Sagrada, entró á la media noche, causando terror y espanto con el sonido de los clarines y de una infinidad de trompetas y con la gritería y algazara de los soldados; á los que dió entera libertad para el robo y la matanza: así corriendo por las calles con las espadas desenvainadas es indecible cuanto fue el número de los muertos, aunque por la sangre que corrió se puede todavía computar á lo que debió ascender. Pues sin que entren en cuenta los que murieron por todo el resto de la ciudad, la matanza de sola la plaza inundó cuanto terreno cae dentro de la puerta Dipila; y aun hay muchos que dicen que llegó hasta la parte de afuera. Y con ser tantos los que así perecieron, no fueron menos los que se quitaron la vida de lástima y afliccion por su patria, que daban por deshecha y arruinada del todo, obligando á los mejores ciudadanos á desconfiar y temer por la salud de ella el que de Sila nada humano ni clemente se prometian. Con todo, parte por los ruegos y súplicas de Meidio y Califonte unos de los desterrados, y parte tambien por la intercesion de todos los Senadores que eran de la expedición, y le pidieron conservara la ciudad; como ademas se hallase satisfecho en su venganza, dijo, despues de haber hecho

un elogio de los antiguos Atenienses, que hacia á los pocos el obsequio de los muchos, á los muertos de los vivos. Escribe en sus comentarios haber tomado á Atenas el dia primero de Marzo, que viene á corresponder al principio tambien del mes Antisterion, en el que casualmente se hacen muchas ceremonias y fiestas de conmemoracion por la excesiva lluvia que causó tamaña ruina y estrago como fue el del diluvio, que vino á suceder en tales dias. Tomado lo que propriamente se llama la ciudad, como el tirano se hubiese retirado á la ciudadela, le puso cerco, encargando de él á Curion. Resistió aquel por bastante tiempo; pero al cabo se entregó estrechado de la sed; en lo que intervino una señal y prodigio del buen Genio de Sila: porque en el mismo dia y en la misma hora en que Curion le recibió, habiendo la mayor serenidad, repentinamente se amontonaron muchas nubes, y la gran lluvia que cayó inundó la ciudadela. Tomó igualmente Sila el Pireo de allí á breves dias, y abrasó la mayor parte de sus obras, y entre ellas la armería de Filon, que era una de las mas admirables.

En esto Taxiles, General de Mitridates, bajando de la Tracia y la Macedonia con cien mil infantes, diez mil caballos y noventa carros falcados, llamaba para que se le reuniese á Arquelao, que todavía se mantenía en la marina en la parte de Muniquia, por no querer ni retirarse del mar, ni combatir con los Romanos, sino solo entretener la guerra, é interceptar á estos los víveres. Conociólo todavía mejor que él Sila, y así marchó precipitadamente hacia la Beocia, abandonando unos terrenos quebrados, y que aun en tiempo de paz no podían proveer á su subsistencia. Eran muchos los que creían que había errado su cálculo, por cuanto dejando el Ática que era país áspero y poco á propósito para la caballería, había bajado á los valles y á las dilatadas llanuras de la Beocia, no obstante ver que la fuerza principal de los bárbaros consistía en los carros y en la caballería; pero por huir, como hemos dicho, del hambre y la carestía, se vió precisado á preferir el peligro de una batalla. Dábale además cuidado Hortensio, buen caudillo y animoso guerrero, que trayendo de la Tesalia refuerzos al mismo Sila, era espiado y aguardado de los bárbaros en los desfiladeros. Estos fueron los motivos que tuvo Sila para marchar á la Beocia; y en cuanto á Hortensio, Cafis, que seguía nuestra causa, le condujo, engañando á los bárbaros, por caminos excusados á aquella misma Titorea, que no era entonces una ciudad grande como lo es hoy, sino solo un castillo clavado en una roca tajada, á la que ya en otro tiempo se acogieron, y en la que se salvaron aquellos Focenses que huyeron de Jerjes en su venida. Allí se acampó Hortensio, y por el dia se ocultó á los enemigos; mas á la noche bajó por los terrenos mas fragosos á Patronide, donde con su tropa se unió á Sila, que le salió al encuentro.

Luego que estuvieron reunidos tomaron una grande altura, que está en medio de los deliciosos campos de Elea, con agua abundante en su falda: llamase Filobeoto, y Sila celebra sobremanera sus calidades y su posicion. Acampáronse, y á los ojos de los enemigos parecieron muy pocos, pues de caballería no eran mas de mil y quinientos, y la infantería aun no llegaba á quince mil hombres: por lo cual, precisando los demás Generales á Arquelao á que formase sus tropas, llenaron toda la llanura de caballos, de carros, de escudos y de rodellas, no bastando el aire para referir la gritería y alboroto de tantas especies de gentes como allí se hallaban reunidas y ordenadas. No era tampoco pequeña parte para el espanto y el terror la riqueza y brillantez con que se presentaban, porque el resplandor de las

TOMO III.

armas guarnecidas graciosamente con plata y oro, y los colores de las túnicas de la Media y la Escitia, adornadas con el bronce y el hierro que brillaban á lo lejos, al moverse y sacudirse semejaban al fuego, y hacian una vista terrible; tanto que los Romanos se estaban retirados dentro del valladar, y no halló Sila modo alguno ni palabras que bastasen á desvanecer su asombro: viéndose precisado, por cuanto no quería tampoco violentar á los que así se resistian, á haber de estarse quieto y aguantar con el mayor desabrimento la mofa y el escarnio de los bárbaros, que al cabo fue lo que mas le aprovechó. Porque despreciándole los enemigos se entregaron al mayor desorden; y como por otra parte no eran ya muy obedientes á sus Generales, por ser tantos los que mandaban, eran muy pocos los que permanecian en el campamento; y antes habiéndose cebado la mayor parte en el saqueo y la rapiña, solian andar dispersos y separados de aquel jornadas enteras: de manera que se dice haber asolado la ciudad de los Panopeos, saqueado la de los Lebadios, y despojando su oráculo sin orden de ninguno de sus Generales. Sentia Sila y se afligia extremadamente de que ante sus ojos fuesen destruidas las ciudades, y tomaba el partido de no dejar en reposo á los soldados, sino que sacándolos del campamento, les hizo trabajar en mudar el curso del Cefiso y en abrir fosos, no permitiendo descansar á ninguno, y castigando irremisiblemente á los que aflojaban, para lo que estaba él mismo de sobrestante; todo con la mira de que aburridos con las obras, abrazaran el peligro por huir del trabajo, como así sucedió. Porque al cabo de los tres días de aquella fatiga sacándolos Sila, le pidieron á voces que los llevara contra los enemigos; á lo que les contestó, que aquel clamor no le significaba que quisiesen pelear, sino que deseaban huir del trabajo; mas con todo si se

sentian con ánimo de combatir tomasen las armas, y viniesen á aquel sitio, señalándoles la que antes habia sido ciudadela de los Parapotamios, y entonces destruida la ciudad, habia venido á quedar en ser un collado pedregoso y escarpado, que no estaba separado del monte Edulio, sino el espacio que con sus aguas ocupa el Aso; el cual, confundiéndose en la misma falda con el Cefiso, y haciéndole de mas rápida corriente, contribuyé á que la cumbre sea mas á propósito para establecer con seguridad un campamento. Asi es que viendo Sila que de los enemigos los de bronceados escudos se dirigian á él, quiso anticipárseles, ocupando aquel puesto, y le ocupó; mostrándose con grande ánimo los soldados. Como arrojado de allí Arquelao moviese contra Queronea, los Queroneses, que militaban con Sila, le suplicaron que no abandonase su patria; por lo que envió en su defensa al Tribuno Gabinio con una legion, dejando ir con ellos á los Queroneses, que aunque quisieron no pudieron llegar antes que aquel: de manera que el que iba á salvarlos, aun se mostró mas activo y pronto que los mismos que habian menester su auxilio. Tuba dice que el enviado no fue Gabinio, sino Ericio; mas como quiera, en esto consistió el que nuestra ciudad saliese de aquel peligro.

De Lebadia y de Trofonio les llegaban á los Romanos felices anuncios y faustos vaticinios; acerca de los cuales hacen los del pais diferentes relaciones; mas lo que escribe el mismo Sila en el libro décimo de sus comentarios es que despues de haber ganado ya la batalla de Queronea, vino á buscarle Quinto Tito, varon de no pequeño crédito entre los que traficaban en la Grecia, y le participó que Trofonio le profetizaba allí mismo otra segunda batalla y victoria dentro de breve tiempo. Despues de este, otro de los que militaban en su ejército,

llamado Salvinio, le anunció de parte del Dios cuál era el término que habian de tener las cosas de Italia. Ambos hablaron por visiones que habian tenido, porque segun sus relaciones habian visto de una misma manera la hermosura y grandeza de Júpiter Olimpico. Luego que Sila pasó el Aso se dirigió al Edulio, acampándose al frente de Arquelao, que habia puesto su campo fortificado en medio del Aconcio y el Edulio, en los que llaman los Asios. El lugar en que puso las tiendas todavía de su nombre se llama Arquelao en el dia de hoy. Habiendo tomado Sila un dia de reposo, al siguiente dejó allí á Murena, que mandaba una legion y dos cohortes, para que cargara sobre los enemigos cuando ya estuvieran en desorden; y él hizo á orilla del Cefiso un sacrificio, despues del cual marchó la vuelta de Queronea, para tomar la tropa que allí habia, y reconocer el monte llamado Turio, en cuya ocupacion se le habian adelantado los enemigos. Es este una eminencia muy pendiente y redonda, á la que damos el nombre de *Ortopago*: al pie pasa el río Molo, y se halla el templo de Apolo Turio: tomando el Dios esta dominacion de Turo, madre de Quiron, que se dice haber sido el fundador de Queronea. Otros dicen que fue allí donde se apareció la vaca que para guia fue dada á Cadmo por Apolo, y que de ella tomó aquel nombre el sitio; porque los Fenicios al buey le llaman *Tor*. Estando Sila en marcha para Queronea salió á recibirle con su tropa ya armada el Tribuno que tenia puesto de gobernador en aquella ciudad, trayéndole una corona de laurel. Luego que saludó con la mayor afabilidad á los soldados, se dispuso para el combate, y en este acto se le presentaron dos ciudadanos de Queronea, Homoloico y Anaxidamo, ofreciéndole destrozár á los que ocupaban el Turio, solo con que les diese unos cuantos soldados; porque habia un

atajo, ignorado de los bárbaros, que por el Museo conducia al Turio desde el llamado Petroco, hasta estar encima del puesto que estos tenian; y cayendo sobre ellos por aquel camino, con facilidad serian destruidos, ó se les desalojaria hácia la llanura. Aseguróle Gabinio del valor y lealtad de los que hacian la oferta; y dándoles Sila la orden de que la pusiesen en ejecucion, formó su ejército, distribuyendo la caballería en una y otra ala: tomó él mismo para sí el mando de la derecha, y dió á Murena el de la izquierda. Los legados Galba y Hortensio, que mandaban las cohortes de retaguardia, marcharon á ponerse en observacion sobre las alturas, para el caso de que se tratara de envolverlos, por cuanto se habia advertido que los enemigos ponian mucha caballería y tropa ligera en las alas, extendiéndolas demasiado, y haciéndolas delgadas y flexibles para cercar á los Romanos.

Habian los Queronenses tomado de Sila por caudillo á Ericio, y marchando por el Turio sin ser sentidos, cuando despues se mostraron fue grande la turbacion y fuga de los bárbaros, y mayor todavía la matanza de unos con otros; porque no aguardaron en su puesto, sino que corriendo por los precipicios caian sobre sus propias lanzas, y con la priesa se despeñaban unos á otros, persiguiéndolos desde arriba los enemigos, é hiriéndolos por la espalda; de manera que perecieron unos tres mil en el Turio; y de los que huyeron, á unos les cortó la retirada, y los destrozó Murena, que ya habia tomado posicion; y otros arrojados hácia el campamento amigo, como cayesen repentinamente y sin orden sobre la hueste ya formada, introdujeron en la mayor parte el terror y la confusion; y con retardar las órdenes de los Generales no fue tampoco pequeño el mal que causaron. Porque Sila sobrevino prontamente cuando asi estaban desordenados, y

pasando con ligereza el espacio que los separaba, quitó á los carros falcados toda su actividad y fuerza, por cuanto esta la toman principalmente de lo largo de la carrera, que es la que les da ímpetu y pujanza: siendo por el contrario los golpes de cerca ineficaces y flojos, como los de los dardos, si el arco no ha podido tenderse; que fue lo que entonces sucedió á los bárbaros, porque apoderados los Romanos de los primeros carros, que no habian podido obrar ni chocar sino débil y remisamente, luego con risa y gritería pedian otros, como se acostumbra hacer en el circo en las carreras de caballos. En este estado vinieron á las manos una y otra infantería, presentando los bárbaros sus lanzas largas, y procurando con la union de los escudos conservar el orden de la formacion; mas los Romanos arrojando las picas, y echando mano á las espadas, retiraron las lanzas de aquellos tan pronto como con gran rabia se arrojaron sobre ellos; porque vieron que estaban formados en primera fila quince mil esclavos, que los Generales del Rey habian proclamado libres de los tomados á los enemigos, y les habian dado lugar entre los primeros infantes: así se dice haber exclamado un Centurion de los Romanos, que solo en los Saturnales habia visto á los esclavos usar de libertad. A estos pues como con dificultad los hiciesen huir los infantes Romanos por el apiñamiento y espesor de la formacion, y tambien porque ellos mostraron mas denuedo del que podia esperarse; los desordenaron por fin, y obligaron á volver la espalda las piedras y dardos que con abundancia les tiraron los Romanos que se habian colocado á la espalda.

Extendia Arquelao su ala derecha en disposicion de envolver á los Romanos, y Hortensio acudió á carrera con sus cohortes á acometerle por el flanco; pero como aquel enviase sin dilacion á su en-

cuentro dos mil caballos que tenia á mano, oprimido de la muchedumbre se retiró hácia las alturas, perdida algun tanto la formacion, y cercado de los enemigos. Súpolo Sila, y marchó al punto en su auxilio desde el ala derecha que aun no habia entrado en accion. Arquelao, que por el polvo levantado con aquel movimiento conjeturó lo que era, dejó en paz á Hortensio, y se dirigió al sitio de donde partió Sila en su ala derecha para derrotarla, hallándola falta de caudillo. Al mismo tiempo Taxiles cargó á Murena con sus *calcaspidas*, ó los de bronceados escudos; de manera que formándose gritería en dos partes, y repitiendo el eco las montañas, lo entendió Sila, y quedó muy confuso sin saber adonde acudir. Resolvió volver á su puesto, mandando en socorro de Murena á Hortensio con cuatro cohortes; y dando orden á la quinta de que le siguiese, marchó al ala derecha, que por sí misma se habia sostenido dignamente contra Arquelao; y con su venida enteramente le rechazó. Victoriosos pues persiguieron á los enemigos hácia el rio y el monte Aconcio, adonde corrian en completa dispersion. Mas no por esto se descuidó Sila de Murena, que quedaba en riesgo, sino que partió á dar socorro á aquellas tropas; pero viéndolas tambien vencedoras, volvió á tomar parte en la persecucion. Murieron muchos de los bárbaros en aquella llanura; pero fueron muchos mas los que perecieron sobrecogidos en las inmediaciones del campamento adonde querian refugiarse: en términos que de tantos millares solos diez mil llegaron á Calcis. Sila dice que de los suyos solo faltaron catorce; y de estos aun parecieron dos á la caída de la tarde. Así en los trofeos inscribió á Marte, la Victoria y Venus, como que habia dado fin glorioso á aquella guerra, no menos por su buena dicha, que por la pericia y el valor; y este trofeo, por la victoria de la llanura, le colocó en

el punto en donde primero cedió Arquelao junto al rio Molo. El otro por la sorpresa de los bárbaros existe en la cima del Turio, y su inscripcion en caracteres griegos da el prez de la victoria á Homoloico y Anaxidamo. Las fiestas por estas victorias las celebró en Tebas, erigiendo un altar junto á la fuente Edipode: los jueces eran Griegos, escogidos de las demas ciudades, habiéndose mostrado irreconciliable con los Tebanos, á quienes tomó la mitad de sus términos, consagrándola á Apolo Píto y Júpiter Olimpico; y del dinero de las rentas de ellos mandó se diera tambien á los Dioses el que les habia tomado de sus templos.

Sabiendo á poco de ejecutadas estas cosas que Flaco, elegido Cónsul de la faccion contraria, atravesaba con tropas el mar Jonio, segun se decia contra Mitridates, pero en realidad contra él mismo, movió hácia la Tesalia, como para salir á recibirle; pero habiendo llegado á Melitea, le vinieron avisos de muchas partes de que estaban talando el país que dejaba á la espalda tropas del Rey en no menor número que antes. Porque Dorilao, que habia llegado á Calcis con grande aparato de naves, en las que traia ochenta mil hombres del ejército de Mitridates, ejercitados y muy en orden, sin detenerse habia pasado á la Beocia; y apoderado del país, procuraba atraer á Sila á una batalla: desatendiendo los consejos de Arquelao, que trataba de contenerlo, y aun reconviniendo en cierta manera á este sobre la anterior batalla, como que sin traicion no podian haber sido desechas tan considerables fuerzas. Mas Sila, que tuvo que retroceder á toda priesa, hizo conocer á Dorilao que Arquelao era hombre prudente, y tenia experiencia de lo que era el valor Romano; pues con solo haber tenido con Sila unos ligeros encuentros cerca de Tilfosio, fue ya el primero en no tener por conveniente que la contienda se

decidiera en una batalla, sino que la guerra se alargase y se fatigase á Sila á fuerza de tiempo y de gastos. Mas sin embargo de esto dió cierta confianza á Arquelao el país de Orcomene, en que estaban acampados, por ser muy ventajoso en caso de venir á las manos, para los que prevalecian en caballería; porque entre las llanuras de la Beocia es la mas bella y mas espaciosa la que empieza en la ciudad de Orcomene, porque ella sola se dilata anchamente, y está despejada de arboledas hasta las lagunas en que se pierde el rio Melas; el cual, naciendo debajo de Orcomene, caudaloso y navegable desde su fuente, en lo que es único entre todos los rios de la Grecia, tiene ademas la particularidad de que crece como el Nilo en el solsticio del verano, y lleva plantas semejantes á las de aquel, sino que no dan fruto, ni llegan á la misma altura. No va tampoco muy lejos; sino que la mayor parte se pierde muy pronto en lagos ciegos y pantanosos; y despues la otra parte, que es bien escasa, se mezcla con el Cefiso en aquel punto donde la laguna produce la caña de flautas.

Estando acampados muy cerca unos de otros, Arquelao se mantenía en quietud; pero Sila se dedicó á abrir fosos de uno y otro lado, con el objeto de cortar á los enemigos, si le era posible, los lugares seguros y á propósito para la caballeria, y estrecharlos hácia las lagunas. No lo sufrieron estos, sino que saliendo con ardor y en tropel luego que los Generales se lo permitieron, no solo se dispersaron los que con Sila se hallaban en los trabajos, sino que tambien se conmovieron y dieron á huir parte de los que estaban sobre las armas. Entonces Sila, apeándose del caballo y tomando una insignia, corrió por entre los que huían contra los enemigos, diciendo á voces: á mí me es glorioso, ó Romanos, morir en este sitio: vosotros á los que os pregunten dónde abandonasteis á vuestro emperador, acordaos de res-

ponderles que en Orcomene. Esta voz los contuvo, y como dos cohortes de las del ala derecha se adelantasen á apoyarle, con ellas rechazó á los enemigos. Retrocedió luego con ellas un poco, y dándoles un refresco, volvió otra vez al trabajo de abrir foso delante del real de los enemigos. Volvieron estos tambien á acometer en mas orden que antes; y Diógenes, hijo de la muger de Arquelao, peleando en el ala derecha, pereció con gloria. Los arqueros como oprimidos de los Romanos no tuviesen retirada, tomando muchos dardos en la mano, é hiriendo con ellos como con unas espadas, procuraban defenderse: al fin encerrados en su campo, á causa de las muertes y heridas, pasaron congojosamente la noche. Al dia siguiente otra vez sacó Sila los soldados á la obra del foso, y como los enemigos saliesen en gran número como para batalla, arrojándose sobre ellos, los rechazó, y no quedando ninguno que hiciese frente, tomó á viva fuerza el campamento. Llenaron los muertos de sangre las lagunas y de cadáveres todo el terreno pantanoso, tanto que aun ahora se encuentran arcos del uso de los bárbaros, morriónes, fragmentos de corazas de hierro y espadas sumergidos entre el cieno, sin embargo de haberse pasado doscientos años poco mas ó menos desde aquella batalla. Asi es como se refiere lo ocurrido en las jornadas de Queronea y Orcomene.

Como en Roma Cina y Carbon maltratasen con la mayor injusticia y violencia á los mas principales ciudadanos, muchos huyendo de la tiranía se acogian como á un puerto al ejército de Sila: así por cierto tiempo hubo cerca de él una especie de Senado; y Metela, habiendo podido con dificultad ocultarse á sí misma y á sus hijos, llegó trayéndole la noticia de que su casa y sus haciendas habian sido quemadas por sus enemigos, y pidiéndole diera auxilio á los que quedaban en Roma. Cuando se halla-

ba perplejo, por no poder resolverse ni á abandonar la patria molestada y oprimida, ni á partir dejando imperfecta una obra tan importante como era la guerra Mitridática, se le presentó un comerciante de Delos llamado Arquelao, enviado secretamente de parte del otro Arquelao á hacerle ciertas proposiciones y darle esperanzas. Oyóle Sila con tanto placer que se determinó á ir por sí mismo á conferenciar con Arquelao, y conferenciaron en efecto orilla del mar, cerca de Delio, donde está el templo de Apolo. Comenzó Arquelao la plática, procurando atraer á Sila á que abandonando el Asia y el Ponto partiese á la guerra que tenia que sostener en Roma, recibiendo para ella de parte del Rey intereses, galeras y tropa en la cantidad que quisiese; á lo que contestó Sila proponiéndole á su vez, que no hiciera cuenta del Rey, sino que reinase él mismo en su lugar, haciéndose aliado de los Romanos, y entregando cierto número de naves. Repelió Arquelao con horror una traicion semejante; y entonces le dijo, pues si tú, ó Arquelao, siendo Capadocio y esclavo, ó si quieres amigo de un Rey bárbaro, no sufres la infamia por bienes de tan gran tamaño, á mí que soy Romano y Sila ¿cómo te atreves á hablarme de traiciones, como sino fueras aquel mismo Arquelao, que huyendo en Queronea con muy poca gente, restos de ciento veinte mil hombres, te hubiste de esconder por dos dias en las lagunas de Orcomene, dejando intransitable la Beocia por la multitud de los cadáveres? A esto mudando ya de lenguaje Arquelao, y echándose á sus pies, le rogó que pusiera fin á la guerra haciendo paz con Mitridates. Admitió Sila la propuesta, y se hizo un tratado, por el que se convino en que Mitridates cederia el Asia y la Paflagonia; se pondria por Rey de Bitinia á Nicomedes, y de Capadocia á Ariobarzanes, y se entregarían á los Romanos dos mil

talentos y setenta naves con espolones de bronce y todo su aparejo, con solo que Sila afianzase al Rey, y le diese por seguros todos sus demas dominios, y le declarase aliado del pueblo Romano.

Hechos estos convenios, torciendo de camino, marchó por la Tesalia y la Macedonia al Helesponto teniendo á Arquelao con grande estimacion en su compañía; y habiendo caido este enfermo de peligro en Larisa, parando el viage, hizo se le asistiera como á uno de los Generales y caudillos que militaban á sus órdenes. Esto dió ocasion á que se pusiera tacha en la jornada de Queronea, como que no se habia obrado con limpieza; y tambien el que habiendo remitido Sila al Rey todos sus amigos que habian quedado cautivos, solo á Aristion el tirano le dió muerte con yerbas por estar enemistado con Arquelao. Sobre todo hizo sospechar el terreno de diez mil jugadas que se dió en la Eubea á un hombre de Capadocia, y el haberle declarado Sila amigo y socio de los Romanos; mas sin embargo, de todo esto hace Sila la apología en sus comentarios. Viniéronle á esta sazón embajadores de Mitridates diciendo, que á todo lo demas estaba pronto; pero que en cuanto á la Paflagonia no venia en que se le despojase de ella, y en cuanto á las naves de ningun modo se conformaba; de lo que indignado Sila, ¿qué es lo que decis? les preguntó: ¿Mitridates se opone á lo de la Paflagonia, y del todo se niega en cuanto á las naves, cuando yo creia que me haria adoraciones si le dejaba aquella diestra, con la que á tantos Romanos ha dado muerte? bien pronto será otro su lenguaje en pasando yo al Asia: ¿está muy bien que ahora descansando en Pérgamo dirija una guerra que hasta el dia no ha presenciado! Intimidados los embajadores guardaron silencio; pero Arquelao hizo ruegos á Sila, y sosegó su enojo, tomándole la diestra y derramando lágrimas. Persuadióle finalmente á que

le enviase á él mismo á Mitridates, porque ó haria la paz con las condiciones que queria, ó sino lo alcanzaba se daria á sí mismo la muerte. Mandándole pues bajo estos supuestos invadió la Media, y habiéndolo talado todo, dió la vuelta á la Macedonia, y en Filipos recibió á Arquelao, que le participó estar todo negociado á satisfaccion; pero que Mitridates deseaba con ansia venir á tratar con él: siendo de ello la principal causa Fimbria, que habiendo dado muerte á Flaco, Cónsul del otro partido, y vencido á los Generales del Rey, marchaba ya contra el mismo. Este temor era el que principalmente obligaba á Mitridates á preferir el hacerse amigo de Sila.

Juntáronse en Dardano de la Troade, teniendo consigo Mitridates doscientas naves armadas, cuarenta mil infantes, seis mil caballos y gran número de carros falcados; y Sila cuatro cohortes y doscientos caballos. Vinose hácia él Mitridates alargándole la mano; pero Sila le preguntó, ¿si daba por terminada la guerra bajo las condiciones convenidas con Arquelao? y como el Rey callase, pues de los que tienen que pedir, continuó Sila, es el hablar los primeros: los vencedores con callar hacen bastante. Comenzó entonces Mitridates á hacer su apología, echando la culpa de la guerra ya á algun mal Genio, y ya á los mismos Romanos; mas interrumpióle Sila diciendo, que ya antes habia oido á otros, y ahora habia conocido por sí mismo cuán diestro era Mitridates en la retórica, pues que no le habian faltado palabras que tenian algun color en hechos tan depravados é injustos. Reprendióle pues, y reconvínole por tantos males como habia causado, y volvióle á preguntar ¿si pasaba por lo convenido con Arquelao? y como dijese que sí, entonces le saludó y le echó los brazos para abrazarle; presentándole á los Reyes Ariobarzanes y Nicomedes, y re-

cónciliándolos con él. Dióle Mitridates las setenta naves y quinientos arqueros, é hizo vela para el Ponto. Habia observado Sila que se habian disgustado los soldados con aquellas paces, pareciéndoles cosa terrible que un Rey que habia sido el mayor enemigo de los Romanos, teniendo dispuesta la matanza en un dia de setenta mil de ellos de los que se hallaban en el Asia, se marchara con su riqueza y sus despojos de este mismo país, que habia estado saqueando y poniendo á contribuciones por cuatro años seguidos; pero se excusó con ellos, diciéndoles que no le habria sido posible hacer á un tiempo la guerra á Fimbria y Mitridates si se hubieran coligado contra él.

Partió de allí contra Fimbria, que estaba acampado junto á Tiro, y estableciendo muy cerca de él sus reales se puso á abrir un foso en derredor de ellos. Los soldados de Fimbria salieron de su campamento sin mas que las túnicas, y yéndose á saludar á los de aquel, se pusieron á ayudarles en su obra con el mayor calor; vista la cual mudanza por Fimbria, como considerase á Sila inflexible, se dió á sí mismo la muerte en su campo. Sila entonces multó al Asia en general en cien mil talentos; y luego en particular vino á arruinar las casas con la insolencia y el exquisito servicio de los alojados; porque mandó que el huésped diera al soldado raso cuatro tetracdracmas¹ al dia, y ademas de comer á él y á cuantos amigos convidase; que el Tribuno percibiria al dia cincuenta dracmas y una ropa para casa y otra para salir á la calle.

Habiendo dado á la vela de Efeso con todas las naves, entró al tercer dia en el Pireo: inicióse en los misterios, y se apropió para sí la biblioteca de Atelicon

¹ La tetracdracma era de cuatro dracmas, y la dracma venia á valer dos reales de vellon.

de Teyo, en la que se hallaban la mayor parte de los libros de Aristóteles y Teofrasto, poco conocidos entonces de los mas de los literatos. Dicese que traida á Roma, Turanion el Gramático corrigió muchos lugares; y que habiendo alcanzado de él Andrónico Rodio algunas copias, las publicó, siendo este también quien formó las tablas que ahora corren. Los mas antiguos de los Paripatéticos, aunque generalmente elegantes é instruidos, parece que no tuvieron la suerte de dar con muchas de las obras de Aristóteles y Teofrasto, ni de poder examinarlas con la debida diligencia, por culpa del heredero Nileo Escepsio, á quien las dejó Teofrasto y de quien pasaron á hombres oscuros é ignorantes. Mientras Sila se detenia en Atenas le cargó en los pies un dolor sordo con pesadez, del que dice Estrabon que es el tartamudeo de la gota. Embarcose para Adepsó, donde usó de aguas termales, entreteniéndose juntamente y pasando el tiempo con los artifices de Baco. Paseándose orilla del mar le presentaron unos pescadores ciertos peces muy hermosos, y holgándose mucho con el presente, como hubiese sabido que eran de Aleas preguntó, ¿pues qué todavía hay alguno de Aleas vivo? y es que cuando vencedor en la batalla de Oromene persiguió á los enemigos, al paso asoló tres ciudades de la Beocia, Antedon, Larumna y Aleas. Quedáronse cortados de miedo los pescadores; pero sonriéndose les dijo, que fuesen en paz, pues no eran ruines ni despreciables los intercesores que habian traido; y alentados con esto los Aleenses es fama que volvieron otra vez á la ciudad.

Sila, bajando al mar por la Tesalia y la Macedonia, se disponia á marchar con mil y doscientas naves desde Dirraquio á Brindis; pero está allí cerca Apolonia, y á la inmediacion de esta Ninfeo, lugar sagrado, donde de un montecillo cubierto de yerba y de unos prados nacen diversas fuentes que